La calle para el viernes 26 de junio de 2009
Diario de un espectador
José Emilio Pacheco
por miguel ángel granados chapa

José Emilio Pacheco nació en la ciudad de México el 30 de junio de 1939, de modo que el próximo martes cumplirá setenta años de edad. Con ese motivo se han organizado en torno suyo no pocos, aunque siempre insuficientes, festejos y homenajes. El mejor de todos, sin embargo, es el que todos los días, desde hace más de medio siglo, le rinden sus lectores, algunos de ellos tan devotos como Vicente Quitarte, quien prueba serlo en las siguientes líneas:

“En la página 45 de *Las batallas del desierto*, uno de nuestros escasos libros clásicos que gozan de fama, pero además de numerosos y cada vez más jóvenes lectores, José Emilio Pacheco retrata a Carlos, ese niño héroe que se atreve a entrar en el más solitario de los combates. Cuando el psiquiatra lo interroga sobre aquello que más detesta, el personaje responde: ‘La crueldad con la gente y con los animales, la violencia, los gritos, la presunción, los abusos de los hermanos mayores la aritmética, que haya quienes no tienen para comer mientras otros se quedan con todo, encontrar dientes de ajo en el arroz o en los guisados, que poden los árboles o los destruyan; ver que tiren el pan a la basura’.

Quien conoce la obra de José Emilio Pacheco o ha disfrutado de su cercanía, puede hallar en las características anteriores un retrato del autor. La personalidad de Carlos, niño que en su edad adulta tiene el valor de recordar, des un resumen de los valores defendidos por José Emilio Pacheco, esos que lo han llevado a construir una escritura que admite varias fraternidades, pero que al final nos deja con la sensación de estar ante un estilo que por diversos motivos hacemos inmediatamente nuestro...

“El altruismo y las buenas intenciones no bastan para hacer literatura. En un amplio espectro que va de John Donne a Mafalda, José Emilio Pacheco sufre auténticamente como si cada una de las dolencias del mundo fuera la suya. Lo admirable es que con base en las rebeliones inmediatas que todo ser sensible experimenta ante los desequilibrios del mundo, él haya podido construir una obra unánimemente admirada por su compleja sencillez, por su envidiable claridad, por su honestidad avasallante, por su maestría para borrar la primera persona del singular y fundirla, imperceptible y permanentemente, en la primera persona del plural. José Emilio Pacheco ha logrado con sus letras articuladas en los diversos géneros el triunfo por nosotros considerado como obra de arte. La familiaridad de los lectores con su escritura ha llegado a ser tan próxima que ha logrado en nuestro imaginario, perder su apellido para ganar el más próximo y cálido de José Emilio.

“Existen los escritores que construyen la gran obra y después guardan silencio. Y existen los que piensan que no basta romper el cerco individual sino que es necesario volver a decir de otro modo lo mismo. En 1956, un muchacho de diecisiete años publica en la revista Estaciones su ‘Tríptico del gato’. El texto parece ser obra de un autor

experimentado: la cuidadosa disección del animal doméstico y siniestro está realizada con la maestría con la cual Durero reprodujo cada uno de los detalles de la armadura natural del rinoceronte, o con el buril seguro y obsesivo con el cual un maestro mexicano de José Emilio , Juan José Arreola, trataría cada una de las criaturas de su Bestiario, más que el hallazgo metafórico la idea que modela el concepto, más que el retrato lírico el ensayo que es conceptualizada musculada, sabiduría esencial. Todo parecía anunciar, en 'Tríptico del gato', que ese joven autor, lector tanto de Jules Renard como de tratados de zoología, era de la estirpe de aquellos que labran libros perfectos. Medio siglo más tarde, José Emilio es el hermano más fiel de ese joven; aun es el niño grande..”